

LOS ASERRADORES Y EL ASERRÍO

Héctor López López¹

Nicol Julieth Rodríguez Urrea²

Resumen

En el Agro Parque Sabio Mutis – Jardín Botánico de Uniminuto y dentro de su Museo de los Oficios y las Tradiciones Populares, se encuentra el aserrío, oficio que fue tecnificado por la motosierra, dejando atrás una infraestructura que a ojo construían los aserradores en la profundidad de la selva. En estos andamios era donde se cortaban las maderas que fueron fundamentales para levantar la vivienda, muchos de los implementos empleados en la vida cotidiana, así como los puentes para cruzar los ríos y los abismos. El aserrío del Agro Parque fue construido por un aserrador, quien tuvo en cuenta varias notas de campo que al respecto se habían recogido. En torno al aserrío y para modificarlo o ampliarlo, se escucharon diferentes generaciones de aserradores que aquí participaron, y que a su vez nos contaron sus creencias y saberes que en el presente texto son objeto de reflexión.

¹ Doctor H.C. en ciencias sociales, profesor investigador, folclorista, titular emérito en la república del Perú. Fundador y director del Agro Parque Sabio Mutis – Jardín Botánico de Uniminuto.

² Tecnóloga en informática, estudiante de Filosofía. Investigadora del Agro Parque Sabio – Mutis Jardín Botánico de Uniminuto.

Palabras clave: aserrío, cultura popular, saber ancestral, actividad interactiva.

Abstract

In the Agro Park Sabio Mutis - Botanical Garden of Uniminuto and within its Museum of Trades and Popular Traditions, there is the sawmill, a traditional work that was technified by the chainsaw, leaving behind an infrastructure that the sawers built deep from the jungle. In these scaffolding was where the wood that was fundamental to lift the house, many of the implements used in daily life, as well as the bridges to cross the rivers and the abysses were cut. The sawmill of the Agro Park was built by a sawman, who took into account several field notes that had been collected in this regard. Around the sawmill and to modify or expand it, we heard different generations of sawmills who participated here, and who in turn told us their beliefs and knowledge that in this text are the object of reflection.

Key Words: sawmill, popular culture, ancestral knowledge, interactive activity.

Introducción

Ante la importancia que tiene la cultura popular en cualquier contexto socio cultural que se estudie, se ha evidenciado una profunda necesidad de reconocer y valorar el folclor de cada una de las regiones de nuestro país, entendiendo folclor como el saber popular, es decir, el resumen de los conocimientos del pueblo y lo que este “cree, piensa, dice y hace” (Abadía, 1970). Sin embargo, este reconocimiento no debe estar simplemente en el plano del conocimiento de lo causal o de lo útil, propio de nuestra tradición occidental; este debe generarse a partir de una apuesta existencial que asimila este conocimiento desde una postura de la realidad propia del colombiano, es decir, no se trata únicamente de aceptar que los conocimientos de nuestros campesinos hacen parte de nuestra cultura, sino

el tener la capacidad de apropiarnos de ellos y ser conscientes de que son parte constitutiva de nuestro propio ser. Así pues, a través de la búsqueda de esta cultura es posible que encontremos lazos cercanos con su conocimiento, tal vez desde los oficios tradicionales, o en la tradición musical o literaria, e incluso en los dichos y refranes que escuchamos, por ejemplo, de nuestras madres y abuelas.

Si aceptamos lo anterior, hemos de afirmar que la cultura popular se encuentra en el estar constante de nuestra vida, en el quehacer de la cotidianidad, donde frecuentemente somos indiferentes ante nuestra propia actitud frente al mundo, ignorando que en nosotros no está únicamente un saber propio de nuestra cultura occidental que nos hace buscar la utilidad de las cosas, sino que también hay saberes populares y tradicionales que se expresan en lo más mínimo. En este sentido, se hace necesario que recuperemos los saberes de los pueblos campesinos, en este caso concreto aquellos que giran en torno a los oficios y tradiciones populares y, sabiendo que son varios, es nuestro interés centrarnos en el oficio del aserrío³. En este podemos encontrar una tradición desde diferentes perspectivas regionales, en las que se encuentran variantes gastronómicas, religiosas y técnicas, todo ello como parte constitutiva del campesino que ejercía este oficio y que aquí nos permitimos recuperar, teniendo en cuenta que el oficio del aserrador llegó a los departamentos del centro del país a través del proceso colonizador, que comienza en el sur de Antioquia y llega hasta Sevilla, en el departamento del Valle. Así, al encontrarse los colonos con la selva casi virgen de estas tierras fértiles, tuvieron el propósito de cortar los árboles que transformaron en el aserrío, el cual les proporcionó la madera aserrada con la que comenzarían a construir sus viviendas, los establos, las cercas y los puentes.

³ Según Luis Flórez, la palabra aserrío no se encuentra en los diccionarios de la Academia de la Lengua Española. No obstante, en los departamentos de Antioquia, Caldas y Tolima, el término aserrío sirve para designar el oficio de aserrar, pero en el Valle del Cauca y Cundinamarca, lo emplean para nombrar el aserradero o lugar donde se asierra. (Flórez, L. 1957. P. 321).

Es necesario aclarar que esta necesidad de preservar los saberes ha surgido en un lugar concreto, y así, de acuerdo con la documentación y los testimonios recogidos sobre los aserríos y la vida de algunos aserradores, en el año 2013 se construyó un aserrío en el Agro Parque Sabio Mutis – Jardín Botánico de Uniminuto, eje temático que entró a hacer parte del Museo de los Oficios y Tradiciones Populares, cuyo principal objetivo consiste en defender, proteger y divulgar los saberes ancestrales y populares. En consecuencia, una vez construido el andamio, los visitantes del Agro Parque comenzaron a informarnos sobre cuanto sabían del oficio de aserrar, y fue así como llegaron hasta nosotros algunos aserradores de los Llanos Orientales, Manzanares (Caldas), Chaparral y Mariquita (Tolima), quienes nos dieron valiosa información complementaria al explicarnos nuevas variantes del oficio en esas regiones.

Dada la naturaleza del museo y la finalidad de nuestro objetivo, el escenario inicial que construimos con un experto aserrador fue ampliado en el año 2017, cuando se construyó otro andamio para que los visitantes, especialmente los estudiantes, practicasen esta actividad de la manera más parecida a la original. Estas visitas interactivas se complementaron un año después, cuando instalamos una nueva sección donde se emplean los serruchos troceros, de forma que se comprende la diferencia entre estos y el serrucho hilero o tablero. Y aunque esta forma tradicional de aserrar ha sido reemplazada por la invención y el uso de la motosierra, los estudiantes o visitantes en general lo reviven en cada oportunidad cuando se suben al andamio a aserrar o utilizan alguno de los serruchos troceros, permitiéndose la oportunidad de recrearlo en sus mentes, contarlo a los menores y así evitar que olvidemos lo que fue tan nuestro en algún tiempo. También se debe tener en cuenta que durante la estadía en este lugar se usa el vocabulario empleado en el oficio de aserrar, cuando utilizamos palabras como cimbra, colero, cabezalero, troceros, hilero, etc., cuya mención permite a los oyentes recordar expresiones que también han hecho parte de nuestro lenguaje.

A lo anterior agregamos la importancia que tiene en esta actividad la obligada alusión al famoso cuento de Jesús del Corral (1871 – 1931), *Que pase el aserrador*, un maravilloso y didáctico ejemplo de la complejidad de este oficio que le sirvió al narrador para recrear una situación picaresca de dos colombianos frente al *rebusque*. Por lo tanto, cabe aclarar que el oficio del aserrío tradicional está vivo en el Agro Parque Sabio Mutis y, por qué no, en cada uno de los visitantes con quienes se vive esta experiencia.

Con todo, el presente texto pretende un acercamiento a este oficio, describiendo rigurosamente cada uno de sus componentes, tanto a nivel técnico como simbólico, reflexionando de esta manera en la importancia de reconocerlo como parte de nuestra cultura, y darnos la oportunidad de vivirlo, comprendiendo tal vez de dónde han salido algunos de nuestros dichos, cuentos, tradiciones y refranes. Así mismo, sabemos que en la cotidianidad de nuestra vida estos conocimientos siempre están presentes, aunque no todas las veces seamos conscientes de donde provienen. Por tal motivo, también queremos insistir en la necesidad de la didáctica interactiva dentro del Agro Parque, pues solo realizando el ejercicio de aserrar es como podemos comprender mucho más sobre este oficio y valorar la labor de tantos campesinos aserradores, que durante años fueron indispensables en el desarrollo de nuestros pueblos y ciudades.

Este documento presentará tres partes fundamentales. En primer término queremos realizar una contextualización histórica del oficio de aserrar y el origen de la idea de no dejar perder esta tradición, haciendo énfasis en las técnicas y los conocimientos que se aprendieron sobre este trabajo. Posteriormente describiremos la experiencia del montaje del aserrío en el Agro Parque Sabio Mutis, en la cual también pudimos contar con el testimonio de viva voz de diferentes aserradores, los cuales nos ayudaron a complementar la información que poseíamos, a mejorar el andamio aquí existente y a enriquecer nuestros conocimientos sobre el oficio. Finalmente, como complemento, haremos una breve reflexión filosófica en lo que

respecta a las creencias de los aserradores, puntualizando en la importancia de sus saberes.

Los aserradores en la colonización antioqueña

Sería imposible reseñar de forma completa el proceso colonizador iniciado por los antioqueños en el siglo XIX, dado que la extensión y cantidad de los estudios al respecto son innumerables. Lo que se ha hecho aquí es recuperar de modo breve y concreto, algunas de las alusiones existentes al oficio del aserrío, actividad fundamental para transformar los árboles de la selva que utilizaron para levantar, entre otras construcciones, la fonda caminera que dio origen a los poblados, las viviendas campesinas con sus establos, gallineros y porquerizas, y naturalmente los puentes que unirían las nuevas tierras que se iban abriendo con el hacha colonizadora.

Así pues, la colonización antioqueña se inició como consecuencia del empobrecimiento de la región del sur de Antioquia, obligando a sus habitantes a desplazarse primeramente a las montañas de Sonsón, donde se decía que había buenas tierras y oro. Esta recomendación de abandonar las tierras agotadas fue dada por el oidor Antonio Mon y Velarde (1747 - 1791), quien fue considerado el “Moisés de Antioquia” o el “Regenerador de Antioquia”, pues fue él quien les indicó la ruta para encontrar las tierras baldías que pertenecían a distintas concesiones reales como la de Aranzazu, la de González y Salazar, o la de Villegas. Además les inculcó la disciplina del trabajo agrícola, que más adelante caracterizaría el progreso económico de los pueblos que surgieron en las vertientes de las cordilleras.

A medida que más colonos iban penetrando las profundidades de la selva, los primeros rancheríos fueron surgiendo esparcidos por el territorio colonizado, de manera que cada colono y su grupo familiar establecían el dominio sobre un área de terreno, en el cual no podía faltar un aserrío para

obtener la madera necesaria para construir la vivienda, los enseres domésticos, las cercas y demás elementos básicos que pudieran requerir para su diario vivir. De los bosques saldría la materia prima que bellamente cantó Alfredo Gómez Jaime (1878 - 1946) en el coro de su himno al árbol:

El árbol es un símbolo, su altivo tronco encierra
La casa, el lecho, el trono, la cuna, el ataúd.
Y de su propia entraña cual áncora sublime,
Formó divina mano la redentora cruz.

Es así como el aserrío se convierte en eje fundamental de la colonización antioqueña, pues gracias a él, el tronco se transforma en la casa, el rancho o la fonda. De esta avanzada colonizadora surgen 18 pueblos entre Sonsón (1800) y Sevilla, en el Valle del Cauca (1904), entre los que se encuentran: Aguadas (1814), Pácora (1824), Salamina (1825), Neira (1843) y Manizales (1848), que luego sería la capital del departamento de Caldas.

Un ejemplo clásico del surgimiento de la parcela o hacienda que llevaría a que el colono se arraigue en su tierra, lo representa la familia del general Rafael Uribe Uribe (1859 - 1914), descrito así por Eduardo Santa⁴:

Así pues, un día presentóse don Tomás al sitio donde creyó poder levantar su nuevo hogar, sin más elementos de trabajo que un hacha, y dio principio a la gigantesca tarea de descuajar el bosque, de apartar la maleza, de cortar los árboles que habrían de darle el abrigo protector de su casa; montó un aserrío y con las maderas que de él iban saliendo construyó un establo para dar albergue a dos vacas y a un toro sardo, levantó cercas y, más tarde, tendió los puentes sobre los arroyos y riachuelos que surcaban su fundo. (p. 18)

⁴ Tomado de la *Biografía de Rafael Uribe Uribe* de Eduardo Santa.

Este relato nos ayuda a identificar cómo fue el proceder de la mayoría de los colonos en aquella época, y cómo sus hogares y trabajos no hubieran podido subsistir sin el aserrío. No obstante, sabemos de algunas precisiones sobre este oficio gracias a las personas que han tenido que ver con él o por los estudiosos de la colonización, como el profesor Albeiro Valencia Llano, para quien el oficio de aserrar, ya en vía de extinción, fue uno de los más importantes en el desarrollo de estas regiones. Al respecto nos dice que,

Los aserradores buscaban árboles grandes que llamaban *madrinos*, por su grosor, a los cuales se les buscaba la inclinación para el corte, para que cayeran por un determinado lado. Al caer a veces se desarraigaban o se desastillaban, y producían un enorme estruendo y a la vez tumbaban otros árboles menores. Este gran ruido, que tanto les impresionó era considerado como una protesta de la naturaleza.⁵

El asombro que despertaba entre los aserradores la caída del árbol, dio origen a varios mitos y leyendas, ya que el aserrador era consciente de que le estaba haciendo un daño a la naturaleza, pero por encima de todo estaba la subsistencia que de ella dependía. También el profesor Valencia nos informa que el aserrador era muy bien pago, y que su salario podría equivaler al de un profesional de nuestros tiempos. Esto se debía a que por lo regular el trabajo lo ejercían hombres mayores que se habían perfeccionado en este oficio a través del “ensayo y error”, además de que era heredado de padres a hijos.

Así, podemos concluir que el proceso colonizador se vio impactado y beneficiado por el oficio del aserrío. No es casual entonces, que los aserradores aquí entrevistados y consultados sean de origen antioqueño.

⁵ Entrevista realizada al profesor Albeiro Valencia Llano, en noviembre del 2019.

Supervivencia del aserrío tradicional

Durante la década del 70 estuvo abierta una exposición sobre historia y folclor colombiano en el municipio de Villamaría⁶, Caldas, en la cual se incluyó una muestra sobre cultura popular donde se destacaron algunos oficios tradicionales, entre los que se encontraban la fabricación de velas, la arriería, la casa de la colonización con sus respectivos enseres y principalmente el aserrío o aserradero. Para realizar el montaje del aserrío se necesitaron aserradores tradicionales, es decir, que no hicieran uso de la motosierra, de modo que para tal fin se hicieron averiguaciones entre las personas del pueblo y sus alrededores, pudiendo contactar a dos expertos aserradores muy reconocidos en la región por su trabajo y dedicación a este oficio en vía de extinción.

Para el montaje de la sala se realizaron varias reuniones con la participación de los expertos, pues finalmente eran ellos quienes conocían por tradición su oficio y la correcta forma de replicarlo para la exposición. Luego de analizar la forma de la sala, el inventario de los materiales que se deberían conseguir y la ubicación de cada una de las piezas, se procedió a realizar el diseño del aserrío en el cual se incluían algunas indicaciones precisas, como por ejemplo, la correcta disposición de cuanto se podía encontrar en el aserrío (andamio, fogón, serruchos, rancho de palmiche, etc.), de modo que los visitantes al verlo tuvieran una completa comprensión del oficio. También se les pedía que el andamio estuviera construido de forma tan exacta que fuera posible ponerlo en uso cuando algunos visitantes lo solicitaran.

De esta manera, el aserrío fue construido en una de las salas dispuestas para la exposición, por lo cual, tratándose de un edificio moderno, resultaba extremadamente atractivo para los visitantes ver dentro de esta construcción

⁶ La cabecera municipal de Villamaría se encuentra en los 5° 3' latitud norte y 75° 31' de longitud al oeste del meridiano de Greenwich. Su altitud es de 1.920m sobre el nivel del mar y su temperatura media es de 18°C.

árboles trozados, a los cuales se les había quitado los bordes, quedando los orillos o cantoneras colocados junto al aserrín, las hachas, los hilos o piolas untados de azul de metileno o carbón, los serruchos troceros y los serruchos hileros o tableros, entre otros objetos. El visitante también podía subirse al andamio y aserrar el árbol que allí se había montado para hacer más viva la experiencia de este oficio amenazado por la nueva tecnología. Era de extrema importancia contar con la presencia de los aserradores en la sala, pues ellos transmitían de viva voz a los visitantes cómo se realizaba este oficio, cómo y cuándo lo aprendieron, qué anécdotas tenían al respecto, y qué otros saberes ancestrales conocían vinculados a él.

El aserrador de San Rafael

Ya que el interés por los oficios y tradiciones populares había sido objeto de nuestro estudio, incluso antes de la exposición mencionada, después del tiempo que esta duró, se continuó con las investigaciones sobre los oficios de los campesinos realizando búsquedas de información en torno a los mismos a través de distintas fuentes, incluyendo las entrevistas directas a quienes pudieran aportar conocimientos relevantes sobre este tema.

En efecto, cumpliendo con esta tarea se encontró en Pácora⁷, Caldas, a don Rubén Giraldo, quien tendría más o menos 60 años cuando se le conoció en 1979, y era natural de San Rafael⁸, Antioquia. Su padre, don Rosendo Giraldo, fue quien le enseñó el oficio de aserrar desde muy joven, y tendría unos 12 o 13 años cuando lo acompañó por primera vez a aserrar madera. A los 15 años ya conocía muy bien el oficio, y según sus palabras su padre lo “echó pa'l monte”, porque era hermano medio o ‘natural’, es decir que era hijo de una relación extraconyugal. A los otros hermanos sí los

⁷ La cabecera municipal de Pácora se encuentra en los 5° 31' 59" latitud norte y 75° 27' de longitud al oeste del meridiano de Greenwich. Su altitud es de 1.935m sobre el nivel del mar.

⁸ La cabecera municipal de San Rafael se encuentra en los 6° 18' latitud norte y 75° 1' 1" de longitud al oeste del meridiano de Greenwich. Su altitud es de 1.058m sobre el nivel del mar.

mandó a estudiar, pero él manifestaba que no se sentía para nada frustrado porque había aprendido un oficio con el cual se sostenía económicamente.

Vivía bien y nunca le faltaba trabajo, “porque aserrar no era fácil” -decía- y él lo hacía muy bien; en cambio sus hermanos estando en la ciudad y habiendo estudiado, tuvieron malas condiciones económicas en repetidas ocasiones, situación que él no padeció gracias a su labor de aserrador. Por lo tanto, afirmaba con cara de satisfacción, que “no le pedía más nada a la vida”, pues lo que había aprendido lo aprendió muy bien, y así lo puso en práctica satisfaciendo a sus clientes con el buen trabajo que realizaba. Siempre se proponía ser el mejor en su oficio y aprovechaba las distintas circunstancias de contratación que se le presentaban, viéndolas siempre como un aprendizaje y una buena experiencia.

Fue aserrador con su padre a las orillas de los ríos Arma, Samaná, Tasajo y La Miel. Además, cuando se le entrevistó en el pueblo de Pácora, recordó que estuvo en la selva desde muy joven, y afirmaba que las zonas selváticas donde estuvo eran muy “azarosas”, tanto es así que él narra con gran emoción que en esas partes, su padre le contó que “en una noche se despertó y le dijo a su compañero que estaba despierto fumando cigarrillo: usted porque no se ha dormido, y él le dijo: gran pendejo aquí hay tigres, tenemos que turnarnos, entonces que él dijo: bueno, duerma hasta tal hora y después yo sigo. Y así lo hizo, él durmió como hasta las dos de la mañana y se despertó y el otro durmió el otro pedazo de noche pero estaban en vela porque los podía matar el tigre”. Lo anterior lo decía con gran temor, como si en realidad allí donde estuvo existieran tigres de verdad que ponían en riesgo su vida, lo cual nos causó gran curiosidad, pues sabemos que en Colombia es imposible encontrar un animal de estos, aunque esta información no se le reprochó al aserrador por respeto a su cosmovisión y su relato.

Cuando murió don Rosendo, todo lo que había aprendido de él lo aplicó “con mucha curia y esmero”, pero como ya no tenía el respaldo de su padre,

don Rubén resolvió trasladarse al norte de Caldas, donde ejerció como aserrador practicando este oficio de una manera muy particular e independiente, pues buscaba “árboles de abarcadura”, es decir, gruesos y que fueran de buena madera fina para aserrar, que era la que más pedían. Cuando se le preguntó como era su modalidad de trabajo, él contestó que negociaba con el dueño del árbol la aserrada del palo, que podía ser por porcentaje, por ejemplo si salían 100 tablas, él se quedaba con 70 y le daba al dueño del árbol 30. Otras veces le pagaban por el trabajo concluido, le decían: “aserre estos árboles y le pagamos tanta plata” y así lo hacía. Otras veces acordaban que buscara árboles de no muy buena calidad que necesitaban, lo que a él le daba dificultad entender ya que siempre trabajaba con maderas finas, aunque sabía que había maderas que se comportaban muy bien al aire libre y otras maderas se comportaban muy bien bajo techo, entonces había criterios diferentes en la escogencia de la madera para aserrar. Pero sin importar la exigencia del cliente él las aserraba “con mucho gusto”.

En el aserrío de Santa Lucía

Después de las conversaciones en el pueblo con don Rubén, se le solicitó que nos permitiera una visita a su lugar de trabajo. Él, sin ninguna objeción aceptó y nos dio las indicaciones de un aserrío que había construido en la parte baja de la finca Santa Lucía, en la vereda la Mata de Guadua, del municipio de Pácora. Una vez estando en el lugar, don Rubén dijo que el banqueo o la plaza para hacer el andamio, gallinero o aserradero, se había hecho de acuerdo con el lugar donde estaban la mayoría de los árboles para que no hubiera necesidad de arrastrarlos o palanquearlos mucho, y que siempre era necesario tener esto en cuenta buscando un lugar que fuera estratégico para realizar las labores. Es decir, si muchos árboles estaban hacia arriba, el aserrío se hacía en la parte baja para echar a rodar los palos después de cortarlos con el hacha. Luego los cortaba con el serrucho trocero y así se llevaban hasta el andamio o aserrío. Era muy importante tener en

cuenta el agua, entonces dijo: “mire allá al fondo, por ahí baja la quebrada”, pues cuando se buscaba el agua, se abría paso con el machete cortando el rastrojo y se iba formando un pequeño sendero que llevaba al río o quebrada donde se contenía el agua con piedras, palos y tierra, para formar un pequeño pozo, donde se introducían los recipientes que contenían agua o limonada para mantenerlos frescos. En este mismo lugar se recogía el agua para bañarse, para hacer de comer y para tomar.

El andamio que había construido era, según él, lo que se llama el aserrío o el aserradero. Su estructura era con varas o maderas más delgadas y su posición debía permitirles a los dos aserradores ver permanentemente el fogón, ya que la comida la hacían ellos y debían estar pendientes de la preparación de los alimentos para que no se fueran a quemar. Sin embargo, cuando se le preguntó dónde estaba el fogón, contestó que en esta oportunidad no fue necesario construirlo, ya que sus vecinos Anastasia y Francisco, les suministraban la alimentación. Tampoco necesitó fabricar un rancho o cambuche para dormir como en anteriores ocasiones, debido a que cerca de su trabajo se encontraban algunas casas en las que se les ofreció el alojamiento. El acompañante del señor Giraldo era Santiago, un hombre unos 20 años menor que él, con quien se turnaba el oficio de aserrar, ya que uno hacía de colero, es decir, el que se ubicaba en la parte inferior del andamio, y el otro de cabezalero, quien se encontraba en la parte superior.

Allí mismo en el aserrío de Santa Lucía, don Rubén continuó su explicación sobre el trazado de la madera. Para ello se utilizaba una pita o piola, la cual se humedecía y se introducía en un frasco de azul de metileno, o a falta de este se cogía carbón⁹ del fogón, se molía y se untaba la pita, pero también servía el carbón de las pilas de los teléfonos o de los radios transistorizados. Una vez se había definido qué se pensaba aserrar, si eran tablas, teleras o tablones, largueros, umbraladas, tirantas, bloques, alfardas, cuadros, listones, canes o soleras, se trazaba su tamaño sobre el tronco y se

⁹ Flórez, óp. it., afirma que en Antioquia también se empapaba la pita o cuerda delgada en polvo de limas viejas disuelto en agua.

colocaba una puntilla en los dos extremos para amarrar en cada uno de ellos la pita untada, y cuando estaba lista uno de los aserradores decía: “¡cimb্রে!”¹⁰, lo que quiere decir que se debía coger la pita, levantarla y luego soltarla para que al rebotar contra el tronco, este quedara marcado. Quien se guiaba por esta línea era el cabezalero, mientras que el colero debía orientar el serrucho de acuerdo con la plomada¹¹ que se colocaba justo debajo del trazo que dejó marcada la línea, de forma que su mirada debía estar fija en el punto donde se encontraba la plomada, mientras continuaba aserrando para lograr sacar la pieza de madera de acuerdo con el trazo realizado.

Cuando la madera estaba aserrada se sacaba en recuas -según contaba don Rubén- que son las mulas conducidas por arrieros que llevan las rastras de madera que transportan hasta el pueblo o al lugar hasta dónde puede llegar el carro. Los aserradores también aprovechaban a los arrieros para encargarse del mercado que les faltaba como manteca, sal, carne, etc., o se valían de los vecinos para hacer encargos, y buscaban en los alrededores del aserrío productos de pan coger como maíz, yuca, papa, plátano, frijol, entre otros. Lo más importante para el aserrador era no salir del monte, de manera que pudiera terminar lo antes posible su trabajo.

Don Rubén manifestó que no comía muchas sopas, pero siempre mantenía en el fogón agua de panela para hacer chocolate o café, con lo que podía desayunar. En la mitad de la jornada tomaban limonada o café. Para el almuerzo y la cena o comida, por lo regular fritaban carne y tajadas que era lo que más comían, y con esto acompañaban el arroz sudado. En su dieta no faltaba “yuca, plátano, chachafruto y a veces cazábamos con la escopeta de fístol animales de monte, como curíes, conejos, guatines, guacharacas...”. Además, cuando el aserrío estaba muy lejos de la quebrada, guardaban el agua o la aguapanela para calmar la sed dentro de un hueco que habían hecho en la tierra. Según don Rubén, entre “las

¹⁰ También llamado por algunos, guasquiar, hacer el guasqueo. Óp. cit., p. 322.

¹¹ Consiste en un pedazo de metal o una piedra, que se cuelga de una cuerda que sirve para señalar la línea vertical que corresponde al trazo que guía al cabezalero.

bebidas para bogar” mantenían agua fresca y aguapanela para hacer limonada, el guarapo no lo consumían porque según su padre “este oficio era muy delicado, y si no se tenían bien abiertos los ojos uno podría accidentarse”.

Aparte de lo anterior, don Rubén nos contó de los enemigos del monte que tuvo con su padre cuando cogió este oficio: eran la *madre monte* y la *patasola*, “unos espantos muy miedosos por el mal que pueden llegar a hacernos, aunque ellas anunciaban a veces su visita cuando venían a hacernos el mal, como por ejemplo, uno veía las pisadas en el camino o se nos perdía la ropa interior. Esto era el anuncio de que estaban por ahí cerquita...”. Cuando ellos veían estas señales, se preparaban porque algo malo les iba a pasar: se mataba alguno, los picaba una culebra, se perdía la comida, o algo sucedía en el aserrío. También era muy común que contaran cómo estos espantos los pisaban en el pecho durante el sueño; sin embargo, se sabe que la causa real de estos sobresaltos consistía en que se acostaban justo después de cenar en abundancia, de forma que la comida presionaba el corazón y provocaba el susto que ellos atribuían a la madre monte o a la pata sola.

No obstante los temores que atribuían a deidades del mal en el monte, él era católico; cuando iba al pueblo no faltaba a la misa, y daba limosna para las ánimas, porque ellas eran las únicas que podían contrarrestar o evitar el daño que les hacían la madre monte o la patasola. Por esta razón, a pesar de que en muchas ocasiones no sabían que era semana santa y trabajaban de corrido, sí tenían muy presente las festividades de navidad, a veces rezaban el rosario y creían en algunos santos. También rezaban oraciones breves como el padre nuestro o el ave maría y le daban una limosna al cura en el pueblo para que los protegiera del mal, pero en resumen sus creencias se centraban en la fe en “Dios y María Santísima”. Se echaban la bendición con alguna frecuencia y aunque muy pocas veces iban al pueblo, cuando lo

hacían aprovechaban siempre para cumplir con sus obligaciones religiosas de la Iglesia Católica.

El aserrío en el Agro Parque

Con todo el acervo documental que se tenía sobre el aserrío, incluyendo el testimonio anteriormente mencionado, y teniendo presente nuestro objetivo de reconstruir los oficios y las tradiciones populares en el Agro Parque, procedimos a fabricar el aserrío en un sitio estratégico a un lado del sendero Roque Gutiérrez¹². Para este trabajo trajimos desde San Sebastián



Aserrío del Agro Parque Sabio Mutis

de Mariquita¹³ a don Manuel Chila, un reconocido aserrador en el norte del Tolima y en Villa Garzón¹⁴, Putumayo. Una vez en el Agro Parque, y luego de que se le explicara cuanto se sabía sobre los aserríos, don Manuel comenzó la construcción en febrero del año 2014.

Inicialmente se ubicó el terreno y se escogió el lugar para levantar el aserrío, teniendo muy en cuenta dónde se cortarían los árboles y cómo se bajarían hasta el lugar dispuesto. Allí se comenzó el banqueo donde luego se armó el andamio que tuviera el tamaño de don Manuel, es decir, se

¹² El sendero lleva este nombre en homenaje al indio de Cajicá que se convirtió en caporal, arriero y herbolario de José Celestino Mutis (1732 - 1808) en la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada. Murió ahogado en el río Gualí.

¹³ La cabecera municipal de San Sebastián de Mariquita se encuentra en los 5° 12' latitud norte y 74° 53' 50" de longitud al oeste del meridiano de Greenwich. Su altitud es de 495m sobre el nivel del mar.

¹⁴ La cabecera municipal de Villa Garzón se encuentra en los 1° 1' 59" latitud norte y 76° 37' 1" de longitud al oeste del meridiano de Greenwich. Su altitud es de 423m sobre el nivel del mar.

calculó la altura de un colero y un cabezalero para que pudieran trabajar cómodamente, y que a pesar de estar aserrando pudieran estar pendientes del fogón. Luego se ubicaron dos palos largos conectados con el andamio, por el que se subían los troncos cortados para ser aserrados. Una vez colocado el primer árbol para trazarlo, se midió, se aplicó la cimbra, y se buscó una piedra que amarrada con una pita sirviera de plomada para guiar el corte del colero. En la parte de encima se colocaron frascos con azul de metileno y pilas de radio, y a los lados una muestra de hachas y serruchos troceros. Los maniqués que representan a los aserradores sostienen de lado y lado el serrucho hilero o tablero. Una vez concluida esta construcción, se le preguntó a don Manuel qué faltaría para que quedara lo más exacto posible a los que él había utilizado durante su vida, a lo que respondió: “falta la nevera...”, que consiste en un hueco en la tierra donde se guardaban los calabazos con agua o guarapo para calmar la sed, “...y los palos para amolar el hilero y los troceros”.

Durante el tiempo que don Manuel permaneció en el Agro Parque se le hicieron varias alusiones al cuento *Que pase el aserrador* de Jesús del Corral, un escritor y político que fue miembro del Comité de Cafeteros de Cundinamarca, representante a la Cámara o Senador por Cundinamarca y, siendo antioqueño, se vinculó activamente a este departamento. Por esta y muchas razones fue reconocido por Alfredo Cortázar Toledo (La Mesa, 1890 – Buga, 1984), primer gerente de la Federación Nacional de Cafeteros, como el “paisa más paisa de Colombia”¹⁵. En una de las tardes se le leyó el cuento a él y a varios trabajadores, pero don Manuel al concluir la lectura, dijo: “un poco exagerado...”, pues al ser un campesino, su pensamiento que es más profundo y realista que el nuestro, no pudo dimensionar que la literatura tiene unas particularidades en el relato que permiten exagerar los acontecimientos o las cosas, logrando producir en el lector emociones fuertes y agradables.

¹⁵ Alfredo Cortázar Toledo. *Memorias, Algunos apuntes para mis hijos* (2019). Retomado de: https://www.academia.edu/39685469/Algunos_apuntes_para_mis_hijos

Tiempo después, y teniendo en cuenta el propósito de los museos



Aserrío interactivo

contemporáneos, queriendo tener un acercamiento más real a los visitantes, en el año 2018 se vio la necesidad de ampliar el aserrío, es decir, construir una segunda sección que incluyera un andamio en el que los estudiantes pudieran tener la experiencia de cortar o aserrar un tronco, tanto con el serrucho trocero como con el serrucho hilero. Es así como aparece Gustavo Murillo, un nuevo aserrador que nos ayudó a realizar el montaje de la otra sección que

llamaríamos el aserrío didáctico, cuya

estructura interactiva permitía comprender el proceso que llevaba a cabo el aserrador en el monte. De esta manera, estando ubicado el aserrío en una pendiente de la montaña, es posible realizar la explicación desde que se corta el árbol en la parte superior con el hacha, posteriormente se encuentra el serrucho trocero donde los participantes cortan con él las trozas que necesitaba el aserrador y, finalmente está el andamio donde se sube a aserrar el tronco para sacar la pieza y así replicar el ejercicio del aserrador. En una de esas ocasiones, dos muchachas enviadas por la CAR, del Sumapaz y de Pacho, Cundinamarca, hicieron el ejercicio con gran habilidad, lo que llevó a uno de los espectadores a exclamar ¡Cual sexo débil!

Así pues, a pesar de que esta experiencia dura relativamente



Mujeres con el serrucho trocero

poco, el estudiante o visitante llega a comprender la dificultad de este oficio y su importancia en el desarrollo de los pueblos. Además porque se encuentra con el fogón donde se preparaba la comida, y el ranchito donde se quedaban los aserradores, teniendo presente que, aunque la motosierra reemplazó este trabajo campesino (o lo aceleró), no es bueno olvidarlo, pues vive en la memoria de nuestros abuelos y algunas de sus prácticas se han quedado con nosotros. Entonces viendo todo lo anterior, a los visitantes les es posible obtener un aprendizaje significativo de esta actividad.

Así por ejemplo, Gustavo Quintero Pérez¹⁶, de 75 años, es natural de Dolores¹⁷, Tolima, pero su madre lo llevó siendo muy niño a los Llanos Orientales, donde aprendió el oficio de aserrar. Para él este oficio es muy parecido en las distintas partes del país donde se practica, porque “en todas partes se tumbaba a hacha... este es el palo así, se le hace un corte aquí, luego se le hace desnuque aquí, se le hace otro corte y el palo cae... todo era con hacha, en ese tiempo no existían motosierras ni nada de eso por ninguna parte...”.

También don Mario¹⁸, de 71 años y oriundo de Chaparral¹⁹, Tolima, se encuentra ahora en el Quindío, pues siempre quiso ser cafetero, y el capital inicial para comprar su pequeña propiedad lo consiguió aserrando. Este oficio de aserrar lo aprendió con sus tíos maternos a quienes consideraba que “eran aserradores de serrucho de tablero... tablero pa’ cortar ya en el aserrío”, queriendo decir con esto que el aserrador que usaba esta herramienta tenía una categoría superior a los hacheros y a los troceros. Él

¹⁶ Gustavo Quintero Pérez, 75 años, entrevistado en el Agro Parque Sabio Mutis, el 31 de marzo de 2019.

¹⁷ La cabecera municipal de Dolores se encuentra en los 3° 31’ 59” latitud norte y 74° 54’ 0” de longitud al oeste del meridiano de Greenwich. Su altitud es de 1.290m sobre el nivel del mar.

¹⁸ Mario Sánchez, 71 años, entrevistado en Barcelona, Quindío, el 1 de septiembre de 2019.

¹⁹ La cabecera municipal de Chaparral se encuentra en los 3° 43’ 27” latitud norte y 75° 29’ 1” de longitud al oeste del meridiano de Greenwich. Su altitud es de 854m sobre el nivel del mar.

afirma que aprendió a aserrar en forma espontánea, viendo trabajar a sus tíos en la década del cincuenta, era el garitero, es decir, el encargado de llevarles la comida y el agua hasta “por allá a las selvas, porque en eso si había selvas, había buenos montes y buenos palos pa’ aserrar. Entonces a mí me buscaban para que les llevara el agüita y el almuerzo. Entonces yo mirándolos a ellos, pues ahí fui aprendiendo”.

Otro aserrador, que posteriormente nos ayudaría en la ampliación del aserrío del Agro Parque Sabio Mutis, es Gustavo Murillo²⁰, de 39 años y natural de Samaná²¹, Caldas. Su abuelo fue aserrador, pero él aprendió este oficio por don Capitolino, un célebre aserrador del norte del Tolima y que aunque vivió toda la vida de este oficio, no murió en la miseria porque los padres de Gustavo le permitieron que construyera una casita con la madera que él mismo aserró. Murillo recuerda que conoció a don Capitolino cuando él tenía más o menos 20 años, y que como era de tan baja estatura le llamaban Juancho, hasta que un día le dijo “camine y me ayuda en el aserrío que estoy solo, y no olvide que su abuelo ya no está en capacidad de trabajar”.

Ahora bien, es menester registrar en este documento algunas apreciaciones hechas por los personajes anteriormente mencionados sobre el aserrío y sus experiencias en el mismo. En primer lugar, para el señor Quintero, en los Llanos Orientales al andamio se le conoce con el nombre de camareta, que era hasta donde se llevaban con bolillos o palancas los troncos que se habían cortado, y así rodando llegaban hasta allí. “Esos bolillos -dice- eran palos de dos metros, bien redondos, y con ellos se llevaba la madera rodando hasta la camareta, como se le llama en esa región al aserrío. Se ha de tener en cuenta -continúa- que había que instalar

²⁰ Gustavo Murillo, 39 años, entrevistado en el Agro Parque Sabio Mutis, el 15 de septiembre de 2019.

²¹ La cabecera municipal de Samaná se encuentra en los 5° 31' 59" latitud norte y 74° 57' 0" de longitud al oeste del meridiano de Greenwich. Su altitud es de 861m sobre el nivel del mar.

los palos para colocar los serruchos y afilarlos con lima, y también para untarles el sebo”.

En cuanto al tema de cimbrar, el señor Quintero dijo que se cimbraba con color que podía ser de mineral o de achiote. El color se echaba en un recipiente o coco y luego allí se mete la piola para que unte del color, y se cimbra, o mejor dicho, se traza. Tanto para el tamaño de la piola o de la madera se tenía una medida que eran las cuartas, y así “con la mano se mide un metro y cada cinco cuartas daban un metro. Luego uno cogía una varita y la cortaba de acuerdo con el tamaño de las cuartas, y con ella medía, un metro, dos metros, etc.” Sumado a esto, al igual que en la experiencia de don Rubén, en los Llanos también la madera se sacaba a lomo de mula, diez u ocho mulas se encargaban de transportarla, “pero nosotros las cargábamos por los dos lados y sacábamos bloques de 20x20, y ya en la ciudad sacan las tablas, o mejor en los depósitos de madera”, decía el señor Gustavo Quintero.

Ahora, ya que don Gustavo había visitado el aserrío del Agro Parque nos comentó que, si bien para don Manuel el consumo de guarapo era habitual en su trabajo y parecería que no le afectaba en nada la realización satisfactoria de su labor, para él, aunque en muchos hatos o fincas le ofrecían guarapo, en el aserrío tomaba agua pura o con azúcar , “mejor dicho, en el centro del llano, donde yo trabajé como aserrador, no se tomaba guarapo”.

En segundo lugar encontramos a don Mario, quien nos dijo que acercar los árboles por la pendiente hasta el entable debía hacerse con mucho talento, es decir, con mucho cuidado, y al llegar al entable, o sea el aserrío, sentían bastante seguridad por la forma en que estaba construido: con palos de madera buena y gruesa, amarrados con bejucos finos, “lo hacían como en forma de una barbacoa para que uno cupiera por debajo y el otro por encima, ahí estaba el palo y se aserraba”.

Con respecto a la cimbra, según don Mario se sacaban guascas de fique (*Furcraea bedinghausii*) o cabuyas, y las más largas y delgaditas eran las que usaban para cimbrar, estas se untaban únicamente de tinta de carbón de pilas de radio: “se sacaba el carbón, se le agregaba tantico de agua y quedaba una tinta negrita con la que se tiznaba la cabuya”. Don Mario agregaba, que él sacaba en el aserrío vigas, tablas, durmientes, guarda luces, tablilla delgada y columnas, pero naturalmente lo que más hacían eran tablas. Nos contó también que, en cuanto a los árboles maderables que más buscaban eran el comino, el roble, el cedro negro, los laureles, el dinde, el guayacán, etc.

También don Mario expresaba que el aserrador se alimentaba muy bien, comían pan de queso, tortas de maíz o de chócolo y chocolate artesanal, es decir, cultivado y preparado en la región, el cual era de muy buen sabor y según los aserradores, de mucho alimento. En cuanto al guarapo de caña, nos dijo que se consumía lo mismo que la chicha que era de maíz, y se tomaba especialmente para calmar la sed.

Además de lo anterior, don Mario afirmaba que en cuanto a los espantos: “a veces uno escuchaba por ahí ruidos raros, y en esa época a los niños pequeños no se les dejaba ir solos al monte porque se los podía llevar la madre monte o la patasola. A mí me ponían un lacito, y con un bejuco docilito que había me lo ponían cruzado en el pecho, y la chipita esa una para un lado y la otra para el otro era para que la madre monte no me envolatará”. Esto hacía referencia a un lazo que se le amarraba en forma de cruz para protegerlo, pues se tenía la creencia de que la madre monte podía cogerlo y perderlo en la inmensidad del monte. Y la patasola “que también visitaba los aserríos, uno la oía de noche cuando gritaba muy fuerte y se oía claritico ... ay ay ay ay ay ... entonces uno hacía silencio, se quedaba calladito y si uno tenía el perrito de compañía, él se ponía a aullar ... le daba a uno miedo porque póngale si al perrito le daba miedo a uno mucho más”.

Para el folclorista Guillermo Abadía Morales (2001), la *madre monte* y la *patasola*, cuyas presencias eran recurrentes entre los aserradores, nos dice que: “la *madre monte* es una deidad selvática que protege el ambiente, en especial las aguas” y

“la *patasola* es un mito típicamente colombiano, frecuente en Cundinamarca, Tolima, Santander y Boyacá hasta el pie de monte llanero y Antioquia. [...] la selva en este mito se personifica en un genio femenino de gran ferocidad, guardiana de sus dominios y enemiga de los hacheros [...]. La motivación de esta presencia femenina se debe probablemente a la soledad del trabajador cuya imaginación crea naturalmente la presencia del sexo complementario en medio de la selva...” (p. 55)

Por otra parte, para Gustavo Murillo el aserrío no dejaba de ser un andamio, donde en el primer día de trabajo con don Capitolino, le dijo que deberían cortar las tablas lo más rápido posible, ya que tenían que tapanlo en la parte superior y cubrirlo con palmicha²², porque allí debajo se instalaban las hamacas para dormir, estas había que colocarlas en dos horquetas²³, pues no había clavos, todo se amarraba con bejucos. “A mí me decía -afirma Gustavo- vaya tráigame el bejuco carare (*Aristolochia sprucei*), el que huele a feo, y yo iba al monte, lo conseguía y con él amarrábamos todo lo que hacíamos en el aserrío.” Aunque en Chaparral, los aserradores -según don Mario- construían un rancho para dormir cerca del aserrío cubierto con hojas de cola de pato o iraca (*Carludovica palmata* Ruiz & Pav), eran amarrados también con bejucos o cabuyas para resistir los aguaceros y los vientos, y para espantar los mosquitos hacían hogueras quemando hojas de eucalipto, el cisco del comino y el árbol del incienso, además fumaban bastante tabaco, el cual se cultivaba en la región y algunos, según él, mambeaban coca (*Erythroxylum coca*).

²² Hojas de palma o palmiche que se usan especialmente para cubrir los ranchos.

²³ Es la parte de un árbol donde se juntan el tronco y una rama formando un ángulo, muy usados en el campo para diferentes tareas.

Gustavo también dijo que hacer de comer en el aserrío era muy natural y que la comida era muy semejante a la de la casa... arroz, arracacha, yuca y carne. Pero cuando estaban aserrando, podían durar de tres a cinco días en la montaña, y si les faltaba la carne, mataban chorolas “que es un pajarito gordito que cazábamos con el chopo y la escopeta de fistol y así remplazábamos la carne de res”. Y para calmar la sed “se tenía un choco o calabazo con guarapo, el cual se alimentaba con cunchos y se tomaba durante el día con alguna frecuencia”.

Por último nos contó que don Capitolino le advertía que no se podía aserrar ni “el jueves ni el viernes santo, no se puede cortar nada porque viene el duende por la cordillera abajo y se lo lleva a uno arrastrando unas cadenas.”, el duende aparecía en forma de perro negro en alguna curva y por eso les tenían miedo a esos lugares, por los “asustos”. Esta información es muy curiosa, ya que don Rubén había manifestado que no se tenían en cuenta las fiestas de la semana santa y resulta que tal vez en el Tolima estas fechas debían tenerse presentes para evitar algún contratiempo con estos mitos tan fuertemente arraigados en las creencias de nuestros campesinos. No obstante, Gustavo afirma que no cree en espantos ni en duendes, pero que sí lo asustaron un jueves santo cuando sintió “que un señor gritaba por esas montañas, entonces yo no podía caminar porque los pies se me pusieron gordos, pesados, no podía caminar del susto”.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, se ha de aclarar que con estos nuevos testimonios de distintas regiones del país, hemos podido documentar y reformar el aserrío en el Agro Parque, tomando en cuenta los conocimientos transmitidos a nosotros de viva voz a través de entrevistas y diversos encuentros que nos permitieron conocer a profundidad la maravilla que se encierra detrás de este oficio y la poca información que sobre él se tiene. Por lo tanto, en el transcurso del texto aparecieron estos personajes como testigos principales, pues bien se dice que no hay que dejar morir a los abuelos sin más, ya que si así fuere, muere con ellos una enciclopedia...



Actividad en el aserrío con los hermanos Sánchez

Así mismo, llegaron hasta el aserrío del Agro Parque Ismael y Jefferson Sánchez, de 30 y 35 años respectivamente. Ellos son hijos, sobrinos y nietos de aserradores, e hicieron parte de una actividad realizada en el aserrío con un grupo de estudiantes. En ella dieron su

testimonio como aserradores, además de darnos importantes recomendaciones de lo que consideraban que nos podía faltar en el aserrío, pero que con ellos pudimos llevar a cabo, como por ejemplo, la instalación de dos estacas donde se colocaban los serruchos con el fin de sacarles filo con la lima triangular, con la que se afilan también los machetes. Así mismo, con ellos se realizó la amolada; para lograrlo, dicen: “se traba con una herradura de caballo, se le hace una zanja y se traba, entonces al trabarse el serrucho es para que el corte se vaya derecho y el serrucho no se pegue al árbol, para esto también se le echa al serrucho sebo de vaca para que suavice y no se oxide el metal...”. También expresaron que hacía falta el choco o calabazo donde ellos llevaban el líquido, que para su abuelo y su padre era el jugo de caña o guarapo sin fermentar, el cual conseguimos con prontitud y pudimos instalarlo con ellos en lo que llaman la nevera, tal como nos lo habían dicho los otros aserradores.

Uno de los datos más interesantes que nos proporcionaron los hermanos Sánchez era que debíamos tener lo que ellos llamaron los “parranderos”, que son tarros de leche Klim o de pintura, los cuales se perforan por debajo y se les introduce una vela para alumbrar el camino en las noches oscuras del aserrío. También nos manifestaron que en el aserrío se tenía la lámpara de tarro, la cual consistía en un recipiente



El director del Agro Parque muestra a los estudiantes el parrandero

de latón más pequeño lleno de petróleo, con la tapa perforada por donde se mete un trapo seco que salía por encima, de forma que al prenderlo el trapo succionaba el petróleo y funcionaba como un bombillo en el monte. Con esta nueva información, y una vez instalados los parranderos, completamos la construcción del aserrío en el Agro Parque.

El Cristo de los aserradores

El sacerdote Manuel Riaño Ramos²⁴, nunca pensó que algún día volvería a Pandi²⁵, Cundinamarca, al finalizar la primera década del siglo XXI, como párroco de su pueblo natal. Y mucho menos que encontraría al Cristo de la salud en su nicho, al que tantas veces recurrió en su juventud en busca de ayuda, como lo vienen haciendo los pandinenses desde 1917, cuando don Anselmo Lozano Ortiz le regaló a la población un Cristo tallado en madera,

²⁴ El padre José Manuel Riaño Ramos, nació en Pandi, Cundinamarca, el 5 de diciembre de 1965. Fue ordenado sacerdote por el Obispo Jorge Ardila Serrano, el 28 de noviembre de 1998.

²⁵ La cabecera municipal de Pandi se encuentra en los 4° 11' 27" latitud norte y 74° 29' 14" de longitud al oeste del meridiano de Greenwich. Su altitud es de 923m sobre el nivel del mar.

en agradecimiento por el milagro que este le había concedido de acabar con la fiebre tifoidea²⁶ que venía exterminando a sus pobladores.

El padre Manuel afirma que ese Cristo que hoy llaman “El milagroso señor de la salud de Pandi”, es el mismo al que también llamaron el Cristo o Señor del aserrío, debido a que en la finca San Roque, ubicada en la vereda Buenos Aires, se había salvado de morir el aserrador Albertino Rivera, quien mientras talaba árboles para aserrar y poder construir su casa, uno de estos se le vino encima y le partió una pierna. Rivera, encontrándose solo, y al verse atrapado bajo el árbol, invocó en medio de la angustia al Cristo del pueblo, o mejor, al Cristo de don Anselmo Lozano para que le ayudara a salir con vida, prometiéndole que si lo salvaba pregonaría este milagro y sería su eterno devoto, como en efecto lo fue hasta el final de sus días.

También nos contó el padre Manuel que “el Cristo en la actualidad es una nueva talla, pues al primero se le caían pedazos de madera de tanto que lo tocaban los feligreses, o de pronto porque la madera no era de buena calidad, aunque no faltaban los devotos que esto lo atribuían a manifestaciones sobrenaturales, pero yo creo que son más bien revelaciones populares de algo inexplicable para aumentar la credibilidad o fortalecer la fe en la imagen del Cristo Milagroso de Pandi”. Con todo lo anterior, el sacerdote insiste en que lo que sí es una realidad son los muchos milagros “cuyo testimonio conozco, aunque ya no se atribuyen al Cristo del aserrío, si se tiene en cuenta que este oficio lo desplazó la motosierra.” Esta advocación, entonces, desapareció con el oficio de aserrar madera, y que el padre conoció en las veredas de Caracol, San Miguel y Santa Helena, de Pandi, cuando el aserrador Desiderio Rincón, por la amistad con su familia, le hizo apreciar este oficio que encontró nuevamente en los años 2018 y 2019 en el Agro Parque Sabio Mutis – Jardín Botánico de Uniminuto.

²⁶ El tifo o fiebre tifoidea es una enfermedad infecciosa sistémica que se caracteriza por que el paciente presenta fiebre elevada y síntomas abdominales causados por la infección de la bacteria *Salmonella typhi*.

La dimensión filosófica del aserrío²⁷

Con todo lo anterior, hemos podido darnos cuenta de lo apasionante que es acercarse al oficio del aserrío y a sus diferentes técnicas y creencias, al mismo tiempo que conocimos de viva voz a algunos aserradores que pudieron contarnos su historia, y enriquecer con ella nuestra reflexión. Sin embargo, no quisiéramos dejar faltar de análisis lo que se ha expuesto, ya que cada una de las anécdotas, cuentos y experiencias tienen tal contenido simbólico que no lo podemos dejar pasar. Es por esto por lo que con una actitud hermenéutica, es decir, una disposición de escucha y deseo de comprensión, queremos detallar esa dimensión existencial del campesino aserrador que se encontraba tan unido a la tierra, a la naturaleza, a la vida, y esto lo podemos ver principalmente en los cuentos, poemas y anécdotas, algunos ya referenciados y otros que trabajaremos más adelante.

En primer lugar, quisiéramos puntualizar en que la diversidad cultural de Colombia es abismal y, aunque aparentemente se han escuchado aserradores de diferentes regiones, todos ellos tienen origen antioqueño, por lo cual el eje transversal de análisis en esta ocasión como ya se ha expuesto anteriormente, será la colonización antioqueña. Así, podemos comenzar diciendo que en aquel movimiento surgieron los peones fuertes, calificados y formados en la familia, acostumbrados al duro trajín desde pequeños, educándose como futuros colonos que, naturalmente, debían servirse del hacha para cruzar el monte y responder por la familia que los seguía. Al respecto, Medardo Rivas (1983) lo dice de esta manera:

Empezaron la tala, y devoraban la montaña como por encanto. Los gigantescos cumulaes, los guayacanes y hobos se doblaron a su paso y caían dejando una amplia huella y un ancho vacío del uno al otro lado de la montaña. A los tres meses el bosque íntegro había desaparecido, a los seis

²⁷ Reflexiones que se han hecho posibles a partir del Semillero de Educación Popular y Diálogo Intercultural de la Corporación Universitaria Minuto de Dios, el cual se encuentra vinculado al proyecto "ONTOLOGÍA DE LA DIFERENCIA RADICAL FASE II", y es dirigido por los profesores Julián Cárdenas y Alfredo Ochoa.

meses se recogían mil cargas de maíz, al año estaba formado el potrero de Lura para cebar quinientas reses.

Esto nos demuestra la importancia del trabajo, y la dedicación y el empeño con la que estos campesinos avanzaban por el monte y establecían sus hogares, sus familias y sus vidas. Nótese también la diferencia de su concepción de mundo, pues el campesino no se deleita contemplando todo lo que encuentra, pues aunque respeta la naturaleza, ella no le es objeto de reflexión sino de trabajo, ve en ella una armonía con su vida, porque le permite la subsistencia y al mismo tiempo le provee de calma y tranquilidad, ya que su pretensión no es explotarla, sino coexistir con ella.

En efecto, la visión de mundo del campesino, especialmente en aquella época de la colonización, era muy diferente a la que hemos heredado de Europa, es decir, una concepción industrializada, que se ha alejado de la naturaleza y se ha centrado en lo que se ha llamado el “progreso”. Es por esto por lo que las creencias del campesino difieren tanto de las nuestras; él le tenía cierto temor a la naturaleza, tanto es así que en su cabeza aparecían como responsables de sus desgracias, la madre monte y la patasola, quienes, al tiempo que reemplazaban el complemento de la mujer como lo decía Abadía (2001), encarnaban el poder de la naturaleza que cobraba el pago por el daño que le hacían y así demostraban un mensaje de ira divina (Kusch, 1962), porque para ellos la tierra es sagrada.

En consecuencia, el profesor Albeiro Valencia (2019) afirma que el niño se familiarizaba con la labor cuando acompañaba a su padre al monte, hasta el punto de palpar los sentimientos del árbol, lo cual afirma bellamente el escritor Alfredo Martínez Orozco (1950), cuando dice:

Y el crujimiento a intervalos se cambia de súbito en un alarido salvaje, en una carcajada: es el estertor del fin. El colono se inclina despacio como si mirara el Infinito antes de caer, y luego se desploma con estrépito de huracán. Tiembla el monte, la naturaleza, el alma misma del hachero, y el

cielo se mete allí por el inmenso hueco que ocupara la testa del gigante. (pp. 34-35)

Así, vemos este “temblor en el alma del hachero”, como una especie de angustia en el aserrador por los árboles que derriba, por la ira divina que desata, por el castigo que le espera y por la vida misma que con el árbol se extingue junto a la suya. Por eso “los hacheros ‘graduados en el arte’ de la derriba aprenden a conocer los árboles, a respetarlos y a temerlos” (Ibid.), porque no sólo es una lucha con la selva por la supervivencia, es la armonía con la tierra que por encima del trabajo debe mantenerse.

Es este precisamente el eje fundamental de la vida de cualquier campesino, que a lo largo de los años se ha venido haciendo inconsciente, hasta el punto de que muchos de nosotros, hijos o nietos de campesinos no recordamos la importancia de lo que significa la tierra, y por supuesto su cuidado, preservación y defensa. Pero, dejando esto por un momento, otro punto de relevancia en el pensar del aserrador eran, por ejemplo, sus creencias religiosas, en las que se encontraba la concepción del trabajador “ayudado”, pues “se decía que el peón que tumbaba más monte de lo normal era protegido por el diablo” (Ibid.), aparte de que también se consideraban muy católicos y rezaban cuanto podían para evitar los espantos y desgracias.

Estos símbolos que poseían los trabajadores llegaron a hacerlos más apetecidos; según el profesor Valencia, “en algunas fincas pagaban mejor salario a los peones que decían tener monicongo²⁸ o guariconga²⁹, lo que en realidad significaba que eran trabajadores que se esforzaban por laborar más y mejor”. Pero esto no era casualidad, pues desde nuestros ancestros

²⁸ Los monicongos eran talismanes mágicos, "los cuales carga uno al cuello en forma de medalla y sirven de ángel de guarda, ya para pelear, viajar, enamorar, hacer picardías, conseguir oro. En estos talismanes hay espíritus benéficos y maléficos, para hacer el bien o el mal". (Valencia, 2019)

²⁹ “Ese güeso es la guariconga, y di'ai palante ella le ayudará en todos los trances de la existencia, igual que el mejor monicongo. Y como la guariconga tiene algo de mujer, es astuta y rejugada, sabe fingir y es maliciosa, ladina y marrullera, todo esto se lo trasmite ella al dueño”. (Gutiérrez, 1949, pp. 47-48)

precolombinos, el hombre americano ha poseído talismanes que lo protegen del mal o le dan suerte, creencia que está totalmente basada en la conexión de la tierra, pues estos objetos eran fabricados con partes de animales o de plantas y era a la naturaleza a lo que se le atribuía un poder sobrehumano, sin necesidad de buscar explicaciones trascendentes y complicadas, simplemente la consciencia de lo que es la tierra.

A pesar de lo anterior, se ha de aclarar que las creencias del campesino tienen su sentido y razón de ser; no salieron de la nada, son producto de un saber ancestral que se remonta a nuestros aborígenes, mezclado con la tradición cristiana y occidental que llegó con los españoles. Este mestizaje, no solo de las razas sino de las creencias y supersticiones, es para Rodolfo Kusch (1970) una de las riquezas del pueblo americano, pues en el interior de cada hombre se encuentra la sabiduría ancestral de nuestros pueblos indígenas, y con él, el respeto, admiración y cuidado por la naturaleza. Pero al mismo tiempo, poseemos los conocimientos y el espíritu occidental, aquel que de una u otra manera nos ha traído al siglo XXI. Para Kusch entonces, es de vital importancia que dejemos de negar aquella sabiduría que proviene de nuestros pueblos campesinos, de los aserradores, de los pioneros en la construcción de los pueblos y las ciudades, y seamos capaces de aprovechar este mestizaje que nos caracteriza para forjar una identidad fuerte y persistente.

Sin pretensión de agotar la reflexión, con lo anterior hemos podido evidenciar lo que aparentemente es obvio: que el campesino, el aserrador, por su profunda conexión con el suelo que le provee la subsistencia, posee un respeto, admiración y cuidado por la tierra que las nuevas generaciones han olvidado, no solo porque el mal manejo de las nuevas tecnologías han embotado su mente, sino porque hace falta que volvamos al campo, no a trabajar como antaño, pues podemos aprovechar los avances de la ciencia para disminuir esfuerzos y aumentar la producción. Efectivamente, esta concepción de la funcionalidad del campo es totalmente occidental, por lo

que se hace necesario un encuentro real con la naturaleza, que nos posibilite retomar esa conexión profunda que tenía y tiene con la tierra el campesino, y sobre todo el aserrador.

Bibliografía

Abadía M., G. (1997). *ABC del folklore colombiano*. Bogotá D.C: Panamericana.

Ángel Maya, Benjamín (1951). *Pelsasca*. Editorial Minerva, Bogotá.

Cortázar, A. (2019). *Memorias, Algunos apuntes para mis hijos*.

Recuperado de:

https://www.academia.edu/39685469/Algunos_apuntes_para_mis_hijos

Del Corral, Jesús (1935). Que pase el aserrador. En: *Catorce prosistas amenos*. Biblioteca Aldeana, Bogotá.

García, A. (1937). *Geografía económica de Colombia, Caldas*. Bogotá D.C: Imprenta Nacional.

González, Tulio (1961). Nadie. En: *El último arriero y otros cuentos*. Editorial Talleres gráficos de El Colombiano, Medellín.

Gutiérrez, Agustín (1949). *Arrume folclórico de todo el maíz*. Librería La Pluma de Oro, Medellín.

Kusch, R. (1962). *América profunda*. Buenos Aires. Editorial Biblos.

Kusch, R. (1970). *El pensamiento indígena y popular en América*. Puebla. Editorial J.M. Cajica.

López, H., & Rodríguez, N. (2019). *Biografía del doctor Alfredo Cortázar Toledo*. Recuperado de:

https://www.academia.edu/39356580/Alfredo_Cort%C3%A1zar_Toledo_Biograf%C3%ADa

Martínez Orozco, Alfredo (1950). *La voz de la tierra*, Editorial Stylo, México.

- Ospina, Luis (1955). *Industria y protección en Colombia. 1810-1930*. Editorial Oveja Negra, Medellín.
- Palacio, M. (2006). *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875 - 1994*. Bogotá D.C. Grupo editorial Norma.
- Parsons, J. (1961). *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia* (2 ed.). Bogotá D.C: Banco de la República.
- Rivas, Medardo (1983). *Trabajadores de tierra caliente*. Editorial Incunables, Bogotá.
- Toro, Bernardo (1943). *Minas, mulas y mujeres* (Novela antioqueña. Tipografía Industrial, Medellín.
- Santa, E. (1988). *Rafael Uribe Uribe*. Santa Fe de Bogotá: Planeta.
- Valencia, A. (2019). Entrevista sobre el trabajador antioqueño. Noviembre 18.